

## OBITUARIO

No por ser un final anunciado hace tiempo es menos el dolor que muchos sentimos ante el fallecimiento de un hombre apreciado por la labor que realizó y muy querido por sus valores como persona. Murió Luis Mera Naveiras, y Ferrol se queda sin un incansable emprendedor de iniciativas culturales, que siempre acabó llevando a buen puerto para servicio y disfrute de todos. Fue el hombre perfecto del segundo plano, el que trabaja a destajo entre bastidores para que otros disfruten de la representación. Sus años en la directiva del Ateneo ferrolano a principios de los 80; su importante paso por el Ayuntamiento como asesor cultural, cuando se crea el Premio de piano “Ciudad de Ferrol”, hoy un referente internacional para jóvenes pianistas; el trabajo en el “CIub de Prensa de Ferrol”, desde donde sostenía el peso de la edición de una excelente revista (Ferrol Análisis); la organización del Curso universitario de verano “Carlos Gurméndez”, y la edición anual del concurso “Galicia en foco”, son una muestra indicativa de su trabajo por la cultura y por la forma de vivirla desde y para su ciudad. Hace más de 15 años, el Consello da Cultura Galega lo incorporó a su núcleo de trabajo, al que aportó su fino sentido crítico y los notables conocimientos musicales que poseía.

Pero el interés de Luis Mera por la cultura empezó mucho antes de todo esto. Desde el mismo momento en que empieza a trabajar como aprendiz en la antigua Bazán y se da cuenta de que el progreso y la mejora de la condición de la clase obrera sólo será posible por medio de la instrucción, del estudio, del conocimiento. Entiende que el mundo obrero en el que acaba de entrar será más libre y más dueño de su destino cuanto más preparado y más culto sea. El veterano Xulio Aneiros, al que encuentra en su taller, será el maestro que le irá explicando, con su palabra y con su ejemplo, esta lección de progresismo y solidaridad. De ahí arranca ese afán de superación y de saber que Luis Mera va a hacer suyo, y que será una de las notas que acabara marcando su vida.

Desde que conocí a Luis Mera, allá por los años finales de los 70, siempre creí destinada a él una frase que había leído en el poeta latino Horacio, cuando este trataba de definir al modelo de hombre ideal para aquella época clásica. Así debería ser el individuo que aspirase a la elegancia interior, a la belleza espiritual, a la ideal forma de conducta: “culto, pero no pedante; cortés, pero no ceremonioso; rural, pero no rústico”. Luis era un hombre culto, en la acepción común de la palabra, con el mérito añadido de haberse hecho a sí mismo en un ambiente obrero donde el trabajo diario no dejaba muchos resquicios para cultivar aficiones de índole intelectual. Y logró educar su gusto y sensibilidad sin alejarse un centímetro solidario de los diques y de los talleres. Luis fue, también, un hombre educado y cortés, como pedía el poeta; disfrutaba haciendo favores, tanto como sufría si hubiera de pedirlos. Y hasta cumplía, por último, lo de rural, pues en la huerta de su casa cosechaba lechugas y tomates espléndidos, y cuidaba con esmero de una vieja higuera, que cobijó amenas reuniones de amigos en tardes placenteras. Disfrutó del conocimiento y de las artes, regalo amistad, vivió en armonía con la naturaleza y en sintonía con la discreción, con la sobriedad, con la sencillez. Amigo, no olvidaremos tu ejemplo.

**José A. Ponte Far**

